

No: precisamente porque la República creó 10,500 escuelas en dos años y medio, abrió 5,000 bibliotecas circulantes en las aldeas y les llevó un teatro y un museo de arte ambulantes, la radio, el gramófono con discos selectos, conferencias sobre medicina y agricultura, la cantina escolar para que pudiesen todos los niños comer, a cuyo fin aumentó en un 800 por ciento el presupuesto; precisamente porque de este modo estaba creando una democracia consciente de sí misma y de su destino; precisamente porque las leyes sociales protegieron al obrero, elevando los salarios en más de un 50 por ciento; precisamente porque el frente popular había acordado la redacción de una ley en la que se incluyera el delito por envilecimiento de salario; precisamente porque se había intensificado la reforma agraria y principiaba a crearse una democracia campesina como la que existe entre nosotros y como la que fue creada en Francia en el siglo XVIII, y la democracia estaba en vías de nacer con un sentido real, vital y social, es por lo que las fuerzas reaccionarias de España—no las fuerzas conservadoras—y un ejército, no un pueblo, se han levantado contra la legalidad. Yo os pido que reflexionéis sobre lo que esto significa, ya que hasta hoy, el mundo de la cultura no ha hallado otra forma de conjurar progreso y orden más que convirtiendo la ley—norma de coordinar las contradicciones—en el hecho jurídico sobre el cual fluyan las ilusiones y la polémica que enciende la vida y espolea la historia. En una hora especialmente favorable, la vieja tradición absolutista contra la que se levantaron los pueblos de América, la que durante el siglo XIX dos veces ensangrentó España con dos guerras civiles, vuelve a intentar sojuzgar a la nación y anular la democracia. Hoy, como en el siglo XVI y en la época de Napoleón, la suerte de la historia depende de lo que acontezca en España: en ella se está desarrollando el primer acto de un drama de dimensiones universales. Porque creo en la justicia y en la causa del Humanismo, tengo fe en la victoria de la causa de mi Gobierno.

(De "Repertorio Americano". San José, Costa Rica).

## El Fin del Socialismo en Rusia

P o r M A X E A S T M A N

PARA quien ha vivido estos últimos 25 años de socialismo marxista, es una experiencia extraña y triste ver cómo el régimen soviético ha ido echando por la borda, uno a uno, todos los ideales del socialismo, a tal punto que no queda ya en la Rusia actual ni la más leve esperanza de una sociedad sin clases.

Escribí yo en 1934 un artículo elogiando todo lo bueno que había encontrado en Rusia, y decía entonces que en aquel país, merced a la socialización de la industria y el aniquilamiento de los privilegios de clases, iban realizándose progresos casi utópicos en todas y cada una de las relaciones sociales. Más sucedió que, escrito apenas el artículo, hube de arrumbarlo como cosa anacrónica, ya que las condiciones sociales a que yo aludía habían ido desapareciendo mientras tanto.

En los dos últimos años se ha registrado en efecto una contrarrevolución en la Rusia soviética, por lo que atañe a las relaciones familiares, la libertad de la mujer y el control de la natalidad. Cosa esencial para la instauración del socialismo, es satisfacer al pueblo en sus necesidades de subsistencia. Y ocurre que en Rusia, país en que centenares de miles de madres no pueden ni aún comprar leche para sus hijos, y que el problema de los niños sin hogar es pavoroso aún en la misma capital, se ha decretado el acaparamiento de las subsistencias, contra todo sentimiento de humanidad y razón, no digamos ya en pugna con los ideales del socialismo. Locura del nacionalismo militarista que considera como ganado y carne de cañón a las masas proletarias.

De acuerdo con la política oficial: "toda muchacha debe ser estimada no solamente como obrera textil, paracaidista o ingeniero, sino como futura madre. La madre de un niño debe ser apreciada como futura madre de ocho. (*Pravda*, junio 7, 1935).

Para abominar del sentido reaccionario de este decreto, y darse cabal cuenta de que se dirige únicamente contra el proletariado, basta ver que el costo del divorcio ha sido elevado y el aborto vuelve otra vez a ser considerado como un crimen. Es ésta, en su forma más radical, una legislación clasista y de diferenciación de sexos.

Por lo que respecta al problema, la paz y el patriotismo, recuérdese: en 1934 Litvinov anunció en Ginebra que el Soviet abandonarían sus alianzas antibélicas con los trabajadores y los pueblos oprimidos del mundo, y que en su diplomacia militar jugaría limpio con las naciones capitalistas. Y Rusia ha entrado de nuevo en ese antiguo sistema de alianzas militares que, a los ojos de Lenin, imprimía a Europa el aspecto de una "masa sangrienta". Y así es como para justificar los nuevos propósitos la revista oficial *Pravda* ha retirado el lema de Marx "Trabajadores del mundo, uníos", y se ha dedicado a exaltar el nuevo lema: "La defensa de la madre Patria es el supremo deber de la vida". Pasemos ahora a paladear unas cuantas frases de un editorial publicado en el *Pravda* el 9 de junio de 1934:

"Nuestro pueblo por millones aclama entusiasta a nuestros valerosos aviadores, para quienes la suprema ley de la vida es el honor, la gloria y el poder y la prosperidad de la unión soviética. ¡Por la Patria! ¡Este grito basta para que diez millones de trabajadores se levanten en pie de guerra!"

Esta afirmación de la histérica pasión universal por la patria, había de servir de preámbulo para un decreto, según el cual se considera como un crimen de lesa patria, el escapar del país, y conforme al cual también, este crimen debe castigarse con la confiscación de bienes y la muerte. Aún más: si es un soldado el que traspasa las fronteras, las personas mayores de la familia que conocieron sus intenciones y no dieron aviso a la policía para que fuera muerto al huir, sufren un castigo de cinco a diez años de prisión, con confiscación de toda propiedad, y los miembros de la familia *que nada supieron* pero que convivían con el fugitivo, deben ser "privados del derecho de ciudadanía y desterrados por cinco años a las regiones más desérticas de la Siberia" El ejército ha sido reorganizado con la restauración de los títulos, jerarquías y privilegios de los oficiales del mismo, y han sido reconocidos nuevamente ciertos especiales privilegios de las fuerzas cosacas.

En 1935 el Gobierno de Stalin promulgó un decreto conforme al cual la pena de muerte instituida contra el robo y ya aplicada desde tres años antes a los adultos, debe aplicarse también a los menores de doce años en adelante. Los stalinistas intentaron justificar este decreto, diciendo que bajo el régimen socialista, los muchachos están tan bien educados que son ya ampliamente responsables de sus actos. No es posible leer este decreto sin cubrirse de vergüenza, pues se recordará que conforme a la teoría marxista el Estado como instrumento de coacción, debería desaparecer al triunfo del socialismo.

Nunca he sido yo un marxista tan ortodoxo ni crédulo, que haya llegado a aceptar a pie juntillas la leyenda de que el hombre será feliz en cuanto haya quedado instaurada la propiedad comunal. Soy, sí, lo suficientemente avisado para considerar que en la sociedad nueva en proyecto la suprema cuestión política consiste en determinar en quién va a radicar la soberanía, y para creer que si el supremo poder va siendo constantemente escamoteado a las clases proletarias, y se le organiza y controla por instituciones "democráticas", todo ello en beneficio de una clase burócrata, el experimento del socialismo no podrá ya durar mucho. Y en la U. R. S. S. existe actualmente una concentración del poder político en manos de una casta de privilegiados, sobre quienes pesa un poder más tiránico que el de los zares. Esta burocracia continúa dándose el nombre de Partido Comunista, pero a través de continuas eliminaciones, va siendo expurgada cada día de todo acto que implique independencia, y hasta de toda idea que no se ciña exactamente a las de la pandilla dominante.

Este escamoteo de la soberanía llega a su colmo en la nueva Constitución "democrática", que no hace otra cosa que barrer el Gobierno de los trabajadores y abrir camino a un Estado totalitario, nada diferente en lo esencial a los de Hitler y Mussolini. Stalin ha acabado con los soviets. Su Constitución, que él califica como "la más demo-

crática del mundo", viene a eliminar el sistema representativo, bajo el pretexto de que es "demasiado complicado y lento para expresar la voluntad del pueblo". Su táctica contraria adopta el sistema de las dos Cámaras, en el cual la Cámara Alta, como la de los Lores, viene a ser parte integrante de la máquina burocrática, y tiene en cualquier tiempo poder suficiente para disolver ambas Cámaras. El Estado no es hoy más que una pirámide burocrática, abrumada por el peso de Stalin, que será quien actúe en este monstruoso parlamentarismo, y quien haga votar a voluntad.

El socialismo implica una sociedad sin clases, una sociedad sin clases exige que los pocos no estén en posición tal que lleguen a apoderarse de la riqueza del país, en tanto que la mayoría se halla entregada al ímprobo trabajo de producir esos bienes. El socialismo significa, especialmente, que los individuos privilegiados que gozan de ingresos excesivos no puedan invertirlos en las fuentes de producción en que otros trabajan, pues ello reduce a éstos a una posición de servidumbre fatal. El socialismo significa el fin de las ganancias e intereses invertidos en acaparamientos y bonos, en una palabra, el fin de la explotación del trabajo.

Siendo así, como en efecto es, resulta obvio que si Rusia fuese un Estado socialista, o sus mandatarios tuviesen siquiera una leve intención de implantar tal sistema, conoceríamos exactamente la distribución equitativa de las utilidades entre las diferentes clases sociales. Sabíamos que dichas ganancias se invertirían no solamente en salarios, sino entre las uniones industriales, cooperativas, haciendas comunales y el Partido Comunista. Pero nada podemos saber exactamente de todo ello, y sólo nos es posible entrever algo sobre el particular, a través de la prensa soviética. Citaremos a León Sedov, que escribe lo siguiente en "The New International", de febrero de 1936:

"Apenas habrá un país capitalista en que la diferencia de salarios entre los trabajadores sea mayor que lo es al presente en la U. R. S. S. Un obrero de los no "rápidos", raya de 400 a 500 rublos al mes, en cambio uno de aquéllos alcanza más de 1,600. El trabajador auxiliar que tiene un equipo bajo su mano obtiene únicamente 170 rublos, si no es un *stakhanovist*, y 400 si lo es. (*Pravda*, Nov. 16, 1935). Hay trabajadores que no ganan arriba de 120 a 100 rublos por mes. Los salarios de los obreros privilegiados son veinte veces más altos, y en ocasiones aún más. Y si nos fijamos en los sueldos de los especialistas, esta desigualdad llega a ser aun más siniestra. Por ejemplo, Ostrogladiov, el ingeniero en jefe de un campo petrolero, gana 8,600 rublos al mes, y su sueldo no tiene nada de excepcional.

Según las recientes noticias oficiales, el rublo vale actualmente veinte centavos. Así, el sueldo del señor Ostrogladio equivale a 1,720 dólares, y los sueldos de 120 rublos, a 24. Esta situación en nada se diferencia de la que existe bajo el ca-

pitalismo americano, y se halla muy lejos del ideal de Marx, de una sociedad basada en la igualdad y la libertad.

Un stalinista americano que ha regresado recientemente de Moscú, al preguntársele por Víctor Vakasov, ex-Jefe de los Trabajadores del Hierro en la Internacional Roja del Trabajo, dijo. "Ha sabido arreglárselas. Es ahora jefe de los trusts de la industria automovilística; tiene una magnífica residencia, dispone de dos autos oficiales, y posee en propiedad un Packard, comprado en Norteamérica". Cosa muy significativa ésta, si se relaciona con los obreros que ganan 24 dólares.

Al mismo tiempo que el movimiento de "los más diestros" está creando una nueva clase privilegiada, una aristocracia del trabajo, para mantener al dictador, la colectivización de la agricultura va siendo convertida en una concesión gubernamental que otorga especiales privilegios a corporaciones determinadas, a expensas de las masas campesinas. Stalin ha entregado la tierra a perpetuidad a vastas corporaciones, cediéndoles los derechos que anteriormente poseía la aristocracia para cultivar en provecho propio las regiones más fértiles del suelo ruso.

Posteriormente, estos felices beneficiarios del "triumfo del socialismo", los inspectores, especialistas, burócratas y aristócratas agricultores de las haciendas colectivas, pueden invertir sus utilidades en bonos del Gobierno que reditúan el 7% o depositarlas en bancos de ahorros, en los que quedan libres de impuestos sobre herencia e "income tax" y obtienen un interés de 8%.

No soy economista, pero tengo la seguridad de no estar loco. Y si así es, en efecto, resulta indudable que cuando un gobierno que dirige las industrias y se aprovecha del trabajo del pueblo, pide prestado a gentes que tienen ingresos excesivos y les paga un 7% de interés, es seguro entonces que éstos están recibiendo un excedente de valor que procede a la explotación del pueblo. Situación que nada tiene que ver con el socialismo.

La única cosa cierta es que en Rusia se ha instituido el poder omnímodo del Estado. Pero que este poder no puede durar largo tiempo, lo sentimos con sólo considerar que el Estado es tan tiránico que deja morir de hambre de cuatro a seis millones de la población, a fin de crear el crédito exterior, tal como ha sido hecho por Stalin en 1933. Y todo ello significa que una vez más las masas laborantes han luchado en las barricadas y se han sacrificado por la libertad y, una vez más, han recibido en pago de sus sacrificios un nuevo sistema de explotación de clases, más eficaz que el antiguo.

Los procesos y fusilamientos recientes de que han sido víctimas los antiguos bolcheviques no deben dejar duda a este respecto. Estas ejecuciones son la acentuación sangrienta del duodécimo año de la contrarrevolución y significa que el socialismo en Rusia ha tocado a su fin.

("Readers Digest". New York, abril 1937).

## La Literatura y el Progreso Moral y Político

Por ALDOUS HUXLEY

EN Europa y América la educación primaria universal ha creado un público de lectores que es prácticamente coextensivo con la población adulta.

La demanda ha exigido un aumento correspondiente en el suministro de libros; veinte millones de libras de pupa de madera y hojas de esparto son sometidas anualmente a la tinta de imprimir. La producción de periódicos ocupa en muchos países un lugar entre las industrias más importantes.

Solamente en inglés, alemán y francés se publican cuarenta mil libros por año.

Una gran actividad de los escritores, una enorme y hambrienta pasividad de los lectores. Y cuando las dos cosas se juntan, ¿qué sucede? ¿En qué cantidad y en qué forma responden los lectores a los escritores? ¿Cuál es la extensión, cuáles las limitaciones de la influencia ejercida por éstos sobre aquéllos? ¿En qué forma afectan esta influencia las circunstancias extrañas? ¿Cuáles son las leyes de su culminación y su debilitamiento? Dificiles preguntas. Y cuanto más se piensa en ellas, más difíciles parecen. Pero, considerando que tiene íntima atinencia con todos nosotros (puesto que todos somos lectores, y nuestro consumo anual medio es probablemente de un millón de palabras) bien valdría la pena buscar las respuestas.

Las relaciones existentes entre los escritores científicos y sus lectores están sometidas a reglas acordadas de antemano. En cuanto a lo que a nosotros se refiere, no hay problema de literatura científica; por consiguiente, no volveré a hacer ninguna referencia al tema. Para los fines de este análisis, la literatura no científica puede dividirse en tres clases principales. En la primera incluimos ese vasto cuerpo de literatura que no intenta siquiera tener algún efecto positivo sobre el lector; todos esos libros blandos, borrosos, anodinos, que existen sólo par allanar un vacío de ocio, para matar el tiempo y evitar el esfuerzo de pensar, para apagar y desvirtuar la emoción. De esta clase de literatura—que existe sólo porque la segunda naturaleza del lector habitual detesta sentir un vacío—no es necesario decir más que hay una gran cantidad de ella y que llena eficazmente su función.

Dentro de la segunda clase, coloco los tres tipos principales de literatura propagandista: la que intenta modificar las opiniones éticas y religiosas y el comportamiento personal de sus lectores, y la que tiene por objeto reformar sus opiniones sociales, políticas y económicas y su conducta.

Ya que debemos darle un nombre, llamemos a la tercera clase "literatura imaginativa". No se propone ser específicamente propagandista, pero no por eso afecta menos profundamente los hábi-